

Baigorri Jalón, Jesús (2014). INTERPRETERS AT
THE UNITED NATIONS: A HISTORY

Reseña: *Francisca García Luque*
Universidad de Málaga

Autor: Jesús Baigorri Jalón

Editorial: Editorial Universidad de Salamanca. Salamanca: 2014

Reseña: Francisca García Luque (Universidad de Málaga)

Nº de páginas: 181 páginas

ISBN: 84-7800-643-5

FECHA DE RECEPCIÓN: 03/11/2015

FECHA DE ACEPTACIÓN: 30/11/2015

PÁGINAS: 927-931

Muchas de las profesiones de más arraigo y mayor reconocimiento por parte de la sociedad, como las relacionadas con la medicina o el derecho, cuentan con un relato histórico. En los planes de estudio de nuestras Facultades se pueden encontrar asignaturas dedicadas a la historia de las disciplinas que sirven como base a estas profesiones. A veces incluso encontramos referencias históricas a determinadas profesiones en la literatura, la televisión o la gran pantalla. Pero no ocurre así en todas las disciplinas ni en todas las profesiones. En algunos casos, como el de la interpretación de conferencias, no es que la sociedad tenga un profundo desconocimiento de la profesión sino que incluso el propio mundo académico no ha construido aún un relato histórico sobre el devenir de este noble oficio surgido tras la Primera Guerra Mundial.

Este libro, publicado por primera vez en 2004 pero que ha sido recientemente reimpresso, viene a cubrir esa laguna existente en el caso de la interpretación de conferencias, concretamente en la modalidad simultánea; y lo hace estudiando su desarrollo en el seno de Naciones Unidas, una organización internacional que ha sido pionera —junto con su antecesora, la Sociedad de Naciones— en la consolidación de esta profesión, tan invisible pero tan indispensable en la sociedad actual. Según indica su autor en las primeras páginas, esta obra es la continuación natural de otro trabajo publicado en el año 2000, que aborda el nacimiento de la profesión en la conferencia de paz de París y que se extiende hasta la llegada de la interpretación simultánea en los juicios de Nuremberg. En esta ocasión, el período estudiado es el comprendido entre 1945 y la década de 1990. Con la minuciosidad y la sistematicidad del

historiador, unidas al entusiasmo del profesional de la interpretación y a la curiosidad del investigador de esta disciplina, el autor abre una ventana a un pasado reciente que nos dibuja una sociología de la profesión. Todo ello basado en documentos históricos y en testimonios personales que dejan entrever un profundo cariño hacia esta profesión.

La obra está estructurada en cuatro capítulos, cada uno de los cuales está dedicado a un período determinado. El primero de ellos se adentra en el establecimiento del multilingüismo como principio de funcionamiento de Naciones Unidas, en sus raíces históricas y en las consecuencias que este hecho tuvo de cara al funcionamiento de distintos organismos, como el Consejo de Seguridad o la Asamblea General. Ya desde la celebración de las tres conferencias en Dumbarton Oaks, Yalta y San Francisco, la cuestión lingüística se reveló como un tema crucial a la hora de diseñar el funcionamiento de lo que sería la Organización de Naciones Unidas. De ahí que se encargase a un subcomité llevar a cabo un estudio para decidir cuál era la mejor manera de garantizar una comunicación eficaz, en la que se respetasen, además, las sensibilidades de las potencias emergentes y, en general, la geopolítica del momento. Este subcomité recomendó la adopción de cinco lenguas oficiales —el chino, el francés, el inglés, el ruso y el español—, y dos lenguas de trabajo —el inglés y el francés—, lo cual fue en parte responsable de que se adoptase poco después el sistema de interpretación simultánea que ya se había ensayado en los juicios de Núremberg. La ventaja era obvia desde el punto de vista del ahorro de tiempo, aunque también se señalaron algunas desventajas e incluso hubo países que mostraron una fuerte oposición, como Reino Unido o Bélgica. De hecho, las reticencias al cambio hicieron que en ese período la interpretación simultánea conviviera con la consecutiva, que era utilizada preferente por algunos órganos, como el Consejo de Seguridad, y para determinados tipos de reuniones. Desde que se implantó este sistema, se ha producido la incorporación de otra lengua oficial, el árabe, y además, se ha modificado el estatus del chino, el español y el ruso, que han pasado de ser lenguas oficiales a lenguas de trabajo en la mayoría de los órganos de Naciones Unidas. No obstante, aunque la normativa ha reflejado esos cambios, la tendencia observable en el día a día ha sido la monopolización del inglés como lengua de trabajo, algo que sucesivas resoluciones han intentado evitar a lo largo de estos años, aunque con un éxito cuestionable.

El segundo capítulo arranca con una enumeración de los nombres y las trayectorias profesionales de un grupo de intérpretes que el autor denomina “la primera generación”. Entre estos nombres destaca el de Jean Herbert, un clásico en la pedagogía de la interpretación, junto con otros como Robert Confino, Ernest Hwediger, Georges Mathieu, Heberto Seín o Alexis Tatistcheff. Todos ellos provenían de la Sociedad de Naciones y la modalidad

de interpretación que conocían era la consecutiva. En aquellos años, y como consecuencia del nacimiento de la interpretación simultánea surgió una guerra abierta entre los partidarios de continuar exclusivamente con la modalidad consecutiva —capitaneados por Mathieu— y los que defendían la utilidad de la recién llegada simultánea, con Doster a la cabeza. Y no es de extrañar que existiese esta rivalidad, puesto que Mathieu defendía el estatus y el papel del intérprete en la época de la Sociedad de Naciones, donde la visibilidad y prestigio social los convertían en unos verdaderos privilegiados. Los partidarios de aquella nueva técnica que había surgido en Europa y Doster, como organizador del equipo que había trabajado en Nüremberg, defendían, por su parte, la ventaja de tiempo y la agilidad que suponía su uso. Finalmente Doster logró que se probase en dos salas este nuevo sistema, aún más perfeccionado que en Alemania, y consiguió que se extendiese su uso, para disgusto de sus colegas. Las dificultades de la generalización de la simultánea no fueron pocas, ya que no existía una formación reglada y el entrenamiento era más bien intuitivo. Se buscaban individuos bilingües naturales, con capacidad oratoria, a los que se proporcionaba cierta formación temática y poco más. Con la decisión de aceptar las dos modalidades y de fusionar los dos servicios, los intérpretes de ambos sistemas se vieron, por tanto, obligados a convivir y a veces a reconvertirse profesionalmente. El símbolo de esa síntesis fue Rabinovitch, intérprete de amplia experiencia que trabajaba sin problemas en las dos modalidades. Poco a poco, ese halo de misterio y esa percepción, nacida en el apogeo de la consecutiva, de que lo que los intérpretes eran seres superdotados, capaces de hacer algo realmente maravilloso se extendió también hacia la simultánea que, poco a poco, ganaba terreno a su predecesora.

El capítulo tercero analiza las dos décadas en las que la interpretación pasó gradualmente de ser una maravilla a convertirse en una profesión, con una formación reglada, unas competencias y un entrenamiento comparables a los de otras profesiones. Entre los años 60 y los 80, se produjo una transición en la que algunos de los intérpretes más veteranos se marcharon, al tiempo que llegaron nuevas incorporaciones. Podemos hablar de una generación intermedia, que no eran bilingües naturales, como los veteranos, pero tampoco habían estudiado en Escuelas de Interpretación. Poco a poco, el autor relata cómo los requisitos para entrar a formar parte de la plantilla se van pareciendo a los actuales: dominio de varias lenguas, buena memoria, agilidad mental, capacidad de oratoria, cultura general, etc. Destaca en esta época el nombre de Stephen Pearl, por ser el primero que empezó a reflexionar sobre la profesión y sus necesidades de cara a la enseñanza. Es la época de los intérpretes de ruso formados en el Moscow Institute, especialmente para trabajar en Naciones Unidas.

Entre finales de los sesenta y principios de los setenta se produce la llegada masiva de intérpretes formados en escuelas como la de Ginebra, fundada por un antiguo intérprete de la Sociedad de Naciones, al tiempo que también la ONU crea sus propios programas de formación. En ellos ya no se buscaba tanto a políglotas naturales sino más bien a personas con una formación previa. En ese contexto, llega 1974, año en el que los intérpretes deciden ir a la huelga y con ello ponen de manifiesto que la suya es una profesión sujeta a límites y a condiciones de ejercicio, como cualquier otra. Tras esta huelga, impensable en épocas anteriores, se consiguió regular aspectos como la limitación de horas y el número de reuniones o determinadas condiciones técnicas de las cabinas.

El capítulo cuarto y último está dedicado a las nuevas generaciones que han llegado a la profesión procedentes de una formación reglada en Universidades y Escuelas distribuidas por todo el mundo, en su mayoría mujeres. A título de ejemplo se menciona la Escuela de Traductores e Intérpretes de Ginebra, la London Polytechnic School o l'ESIT de París. También es la época en la que ganan visibilidad e importancia las primeras asociaciones profesionales, como la AIIC, creada en 1953. En este período se homogeniza el perfil de nuevos aspirantes, que provienen de familias de clase media en entornos monolingües, que han aprendido idiomas pasando temporadas en el extranjero, que están muy interesados por la actualidad y el mundo de la cultura, además de poseer una formación previa en interpretación de conferencias. Es el momento en el que se generaliza también la contratación de intérpretes free-lance en períodos de actividad intensa, marcados por el hecho de que muchas de las reuniones tienen lugar en inglés. A pesar de los esfuerzos por que determinadas lenguas, como el francés o el español, no queden arrinconadas, se impone la tendencia de que todos los mandatarios y representantes de alto nivel que intervienen en las reuniones hablan y entienden inglés. Con ello se añaden una serie de dificultades al proceso de traducción, las derivadas de los acentos, de la especificidad de los temas, la velocidad de elocución y el hecho de que la interpretación no es ya tan necesaria si todos los participantes pueden entender el original. Desde el punto de vista ideológico, la ONU también ha sufrido una evolución y a veces podemos considerar que no se trata de un verdadero diálogo lo que se produce en su seno y que necesita de intérpretes cualificados, sino una sucesión de monólogos que se suceden unos a otros en un contexto en que una parte del interés informativo y de la relevancia a nivel internacional para tomar decisiones no está únicamente en Naciones Unidas y en los Estados que forman parte de ella sino en otro tipo de organizaciones, como las ONG.

De cara al futuro, y para cerrar esta revisión histórica, el autor apunta hacia algunos retos a los que deberá hacer frente la profesión, como la

predominancia del inglés, o la interpretación remota, que cambiará las condiciones de ejercicio.

Con los contenidos así resumidos, resulta fácil concluir diciendo que se trata de una obra de lectura fácil y amena, aconsejable para cualquier intérprete en formación que busca las raíces de su profesión y para cualquier investigador o docente interesado en conocer aspectos históricos de la misma en un intento de entender mejor el contexto actual y los factores que previsiblemente tendrán una influencia notable en su futuro a corto y medio plazo.